

jandro el Grande, por los persas, por los árabes, por los cruzados, por los kurdos, pasó del poder de Ismael-Schah al de Selim. Todo el territorio que se extendía entre el Eufrates y el Orontes se convirtió en provincia otomana. Idris entregó á los jefes de las diferentes tribus, mosaicos de razas, el estandarte, el tambor y las colas de caballo, signo de la soberanía de estos nuevos feudatarios. El imperio otomano debe á su política mas que á sus armas estas provincias, en que habia nacido, cuya lengua y costumbres conocia, y que sedujo mas bien que unció al yugo de los turcos. Idris era uno de esos negociadores que valen mas que un ejército. Selim, que apreciaba su talento, lo destinaba á pacificar y á organizar el Egipto despues de la conquista. La muerte arrebató á Idris prematuramente; su nombre, sus escritos y sus conquistas pacíficas han inmortalizado los servicios que prestó á los otomanos.

LIBRO DÉCIMOCTAVO

I

Apénas hubo la primavera del año de 1516 derretido las nieves del monte Taurus, barrera semejante á los Alpes entre la Turquía y la Siria, Selim I mandó marchar á su gran visir Sinan-bajá con una vanguardia de cuarenta mil hombres sobre Cesaréa en Capadocia. Sinan debia pasar de allí al Eufrates por las puertas de hierro, que abren la Siria entre dos rocas del Taurus, divididas por un terremoto.

El sultan ocultaba todavía su pensamiento de invadir la Siria y el Egipto con una marcha oblicua de

las puertas de hierro al Eufrates. Sinan-bajá debia tomar únicamente la extremidad de la Siria con el objeto de concluir la conquista del país persa entre el Eufrates y el Tigris, para ir á proteger la Meca y Medina contra Ismael-Schah. Los mamelucos de Egipto y de Siria comprendian sin embargo el objeto de aquellas invasiones de su territorio. Salieron al encuentro con una numerosa caballería hasta las puertas de hierro, para oponerse al paso de Sinan. Informado Selim de la reunion de los mamelucos que le interceptaban el camino, convocó el divan para deliberar acerca de la declaracion de guerra á los señores del Egipto y de la Siria.

El pretexto de impiedad de los mamelucos que querian impedir la piadosa cruzada de los otomanos á la Meca y á Medina, ciudades santas de los musulmanes, autorizó la declaracion de guerra á los ojos de los fieles. Selim, segun la prescripcion del Coran que dice: « *No castigareis á vuestro enemigo antes de advertirlo con un manifesto,* » envió á Karadjabajá y al juez mayor del ejército, Sirekzade-Rokneddin al sultan de Egipto para decirle que « *reflexionase ó temblara.* »

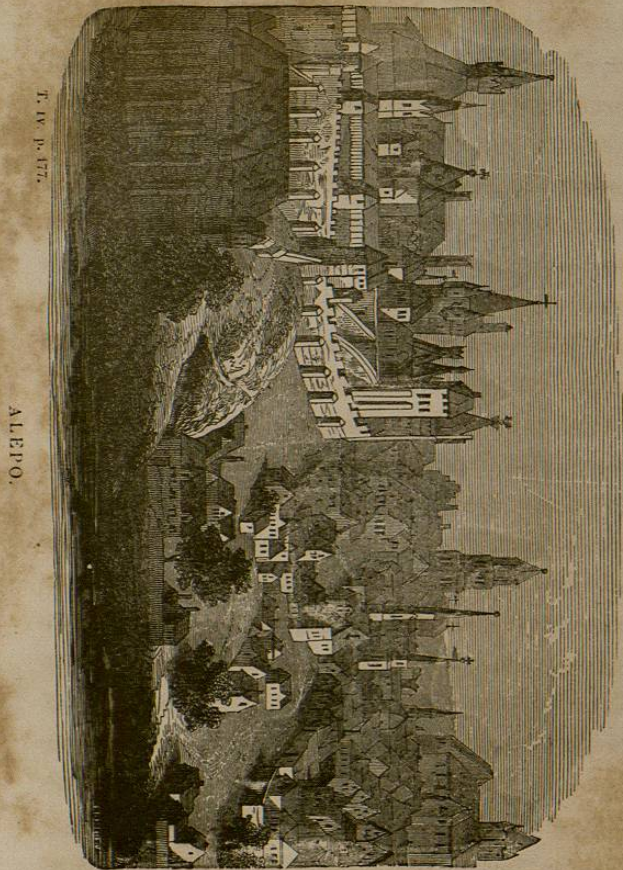
Este sultan era entónces Kanssu-Ghauri, elevado á esta soberanía militar por su valor y por los votos de los mamelucos circasianos. Respondió á este men-

saje reuniendo cincuenta mil hombres en Alepo, segunda capital de la Siria, que hace frente á los desfiladeros del Taurus, y que cubre á la vez el camino de Damasco y el de Beiruto.

II

Selim I, que partió de Constantinopla en pos del gran visir Sinan, estaba ya en Aintab, á diez marchas de Alepo, con ciento veinte mil hombres escogidos entre los veteranos del imperio. Kanssu-Ghauri despidió sus embajadores despues de haberlos cargado de hierro y haberlos injuriado de palabra, segun la costumbre de los guerreros de Circasia. No obstante, mandó que los acompañase un embajador egipcio para que propusiera al sultan de los turcos que mediara, para evitar la guerra, entre Schah-Ismael y su persona. Para que la querella fuese irremediable, Selim hizo cortar los cabellos y afeitar la barba del enviado de los mamelucos, y lo envió á la frontera de Siria, despojado de su turbante, con una gorra de mujer en la cabeza, montado en un burro cojo y flaco, á fin de que provocara la risa del pueblo.

Para sostener tales ultrajes, Selim desembocó con ciento sesenta mil hombres en las llanuras de Siria, entre Alepo y el pié del Taurus. La pradera de Dabik fué el campo de batalla de los dos ejércitos, Selim, que temia la caballería de los mamelucos, renovó contra ellos la táctica que le dió la victoria de Tauris contra los persas. Estableció sobre su frente un muro de carros y camellos para que recibieran el primer empuje de las cargas de los circasianos, y ocultó en los dos flancos una artillería tanto mas temible cuanto que los mamelucos habian desdeñado hasta entónces su uso en campo raso. El combate por parte de los circasianos fué una carga y una retirada. Espantados con el número de los otomanos, estrellándose en los obstáculos insuperables que habia opuesto Selim á sus caballos, destrozados á derecha é izquierda por la artillería que cubrian y descubrian alternativamente los genizaros que la guarnecian, abandonaron á su sultan y volvieron grupas, dirigiéndose á Alepo. Kanssu-Ghuri, de edad de mas de ochenta años, fué el último que se retiró, salvando al ménos el honor de su raza. Envuelto por un peloton de spabis, fué precipitado del caballo por un *tschausch* que le cortó la cabeza y que se la llevó á Selim colgada en el arzon de la silla, de su barba blanca. Indignado el sultan con aquella ofensa hecha á la vejez, al trono



T. IV. P. 177.

ALEPO.

y al heroismo, mandó dar muerte al tschausch. Dentro de Alepo, siguiendo las huellas de los mamelucos fugitivos, Selim encontró un millon de ducados de oro en el tesoro de los egipcios; tres mil caftanes bordados de oro y perlas, forrados con pieles de lince y marta cebellina, y montones de trigo y de cebada para proveer el ejército. Los habitantes de Alepo, sujetos á una raza extranjera, recibieron á los turcos como á sus libertadores. El reinado de los circasianos no era mas que el yugo de la soldadesca. Señores por señores, los sirios preferian á los nuevos.

Alepo encerraba entónces en su recinto doscientos mil habitantes industriosos y ricos. Limitada por una parte por el Oronte y el valle delicioso de Antioquia, por la otra por el Eufrates, su territorio y su comercio la convertian en rival de la opulenta Damasco. La Siria entera no podia dudar en seguir la suerte de su capital. Selim no se detuvo allí mas que el tiempo necesario para establecer su gobierno. Abandonando el litoral de la Siria marítima á su propia caída, dejó el monte Líbano á su derecha, y avanzando por el fértil valle de Baalbeck entre el Líbano y el Anti-Líbano, acampó pocos dias despues en las mesetas que dominan á la reina de la Mesopotamia y de la Siria, á Damasco. Los árabes, los drusos, los maronitas, pueblos que cubren el Líbano y el Anti-Líbano

con sus belicosas tribus, le abrieron las puertas de Damascó. El aspecto de esta ciudad le hizo casi olvidar á primera vista la magestad y las maravillas de Constantinopla. Extendida al pié de las últimas montañas del Anti-Líbano, desde donde la vista cae, como de un promontorio sobre sus murallas de mármol amarillo y negro, sobre sus cúpulas, sobre sus alminares, tan numerosos como los mástiles de los navíos en una bahía, bañada por los ramales tortuosos del Chrysorhoas, de azuladas aguas, que se dividen á sus puertas para fecundar sus jardines, y que se reunen en seguida para formar estanques en su llanura, sombreada por un bosque circular de árboles frutales que dejan caer sus frutos sobre pastos abundantes como los de los Alpes; capital del desierto, puerto de las caravanas de Bagdad, cuyas filas de camellos se ven desde la altura marchar lentamente por los llanos sin otros límites que su cielo de rosa ó de azul, poblada con cuatrocientos mil habitantes, cuyos palacios, talleres y tiendas elevan el murmullo de la vida en medio del silencio del aire, Damasco, por su situación, su clima, su industria, su magnificencia, sus monumentos, su población, sus recuerdos, hubiera llenado los deseos de un conquistador ménos insaciable que Selim. Su historia la hacía tan interesante á los ojos de los turcos como su

esplendor. «*Signo de belleza sobre la faz del mundo, dicen de ella los poetas musulmanes de la Arabia, plumage de los pavos reales del paraíso, collar de las tórtolas celestiales, Irem de infinitas columnas,*» honrada por el profeta mismo que la habia visitado durante sus viajes á Siria, diciendo de ella en un versículo del Coran, «*que los ángeles de Dios han extendido sus alas sobre aquella ciudad,*» mansion de los khalifas ántes que Bagdad, decorada con una mezquita superior á la de Córdoba, á la de Jerusalem, á la del Cairo, cuyas bóvedas están sostenidas por cuarenta columnas de pórfido, de mármol rosado y de granito egipcio, en donde seiscientas lámparas, pendientes de cadenas de oro, alumbraban la cúpula, conteniendo un ejemplar del Coran, de la mano misma de Alí, el favorito y el secretario del Profeta, peregrinacion de todo el Oriente, sepulcro de las esposas viudas de Mahoma, elevada por Nuredino al rango de las ciudades mas cultas del Asia, próxima á la santa caverna de Rubua, á donde los musulmanes van á venerar la cuna del profeta Jesus, ofreciendo á cada paso dentro y fuera de sus muros monumentos, vestigios, sepulcros de los profetas, de los santos, de los sabios, de los poetas del islamismo, el prestigio que tenia Damasco para con los turcos realzaba la grandeza de su posesion. Selim permaneció en ella para saborear la

conquista, y para conversar con los sabios, los literatos y los santos de la Arabia, cuyos nombres eran venerados por los islamitas. Por un momento olvidó los cuidados de la guerra para escribir poesías místicas, conocidas bajo el título de *Divan de las poesías persas de Selim*.

Pocos días despues de su entrada en Damasco, el sultan fué á hacer una visita respetuosa al sabio y venerable Bendakhschan, cuya fama de ciencia y de virtud llenaba el Oriente. El solitario enmudeció en presencia del sultan. « ¿Porqué ese silencio? le preguntó el médico de Selim. « No al visitado, al que visita le toca hablar el primero, » respondió el santo. Habiéndole entónces pedido Selim consejos: « El khalifato es una cosa pesada, » dijo el solitario al sultan, que venia á reemplazar á los Khalifas; « los sultanes son, como nosotros, instrumentos impotentes del Criador; pero deben además gobernar á los pueblos. El que tiene una carga lijera tiene mas medios para salvarse que el que soporta un imperio; pero el deber del soberano es conservar la carga que le ha sido impuesta. » Selim pidió humildemente la bendicion al scheik.

III

Selim I no tomó el camino de Egipto hasta la primavera próxima; destrozado este país por facciones que se disputaban el trono á la muerte de su anciano sultan, muerto en Alepo, se agitaba sin unidad bajo los mamelucos. Sinan-bajá avanzaba por Gaza, última ciudad de la Siria marítima ántes de entrar en el desierto de El-Arisch, que separa al Egipto de la Siria. Su artillería como en Alepo, disipó la vanguardia de los circasianos que habia llegado á las puertas de Gaza para disputar el pasaje. Selim lo seguía con cien mil combatientes por el valle del Jordán, Safad, Jerusalén y Ramla. Llegó sin encontrar enemigos hasta las murallas del Cairo. Tumanbai, elegido por fin sultan de los mamelucos, pero vendido por los jefes del partido opuesto, aguardaba á los turcos detrás del monte Mokattam. Combatió por la honra mas que por la victoria. Veinticinco mil ginetes circasianos cubrieron con sus cadáveres las márgenes del Nilo. Tumanbai y dos de sus intrépidos mamelucos juraron no sobrevivir á su raza y dar

muerte á Selim. Cayeron con un puñado de valientes sobre el centro de los otomanos, en donde se veia flotar el estandarte del sultan, derribando todo lo que se oponia á su paso ; creyeron que habian herido al sultan, pero el golpe lo recibió el visir que cubria á su señor con su cuerpo y que murió por él. Selim lloró la pérdida de Sinan-bajá : « He ganado el Egipto, gritó, pero « he perdido á Sinan. » El Cairo abrió sus puertas como Damasco al ejército otomano. Los mamelucos tranquilizados con una amnistía general, entraron á reconocer la soberanía del vencedor. Despues de haberlos halagado algunos dias, Selim cercó la ciudad con sus tropas y pasó á cuchillo á cincuenta mil en tres dias. Ejemplo de exterminio seguido en los nuestros con los restos de esta aristocracia extranjera, adherida al Egipto, como la lepra á un cuerpo enervado.

Entre tanto, Kurtbai, uno de los begs que habian embestido á Selim durante la batalla, estaba escondido en una casa del Cairo. Selim lo supo, le envió un caftan de honor y un Coran, prenda de perdon. Kurtbai, fué á dar las gracias al sultan : « Tú eres el héroe de los caballos, » le dijo el sultan. « — Es verdad, respondió el circasiano, » y ponderó el valor de su raza. « Tus cañones son los que nos han vencido, añadió; pero nos han vencido como asesinos « que se ocultan para herir á mansalva. Nosotros des-

« deñamos semejantes armas. El Profeta no admite
« como armas leales mas que el arco y el sable. Un
« veneciano nos trajo un dia cañones como los tuyos;
« nosotros los rehusamos. ¡ Y bien ! nos dijo el infiel,
« profetizando nuestra ruina, el que viviere, verá pe-
« recer vuestro imperio, destrozado por estas mis-
« mas balas que despreciais ! Pero todo perece ; es la
« ley del hado : ¡ y vos tambien pereceréis cuando lle-
« gue vuestra hora ! »

La conversacion se envenenó : Selim, que tenia intencion de ser generoso, se enfureció y llamó á los chiaux para que cortaran la palabra al circasiano. Ciento cincuenta sables brillaron sobre la cabeza del beg. « ¿ De qué te servirá mi cabeza ? » gritó, sin palidecer, al sultan ; « muchos valientes apuntan á la « tuya, y nuestro jefe Tumanbai espera aun en « Dios. Toma pues mi cabeza sangrienta, verdugo, y « ponla sobre el seno de tu mujer. » A estas palabras, rodó su cabeza á los piés del sultan.

IV

Con efecto Tumanbai venia al pié de las pirámides á afrontar la caballería de los otomanos. Seis mil spa-